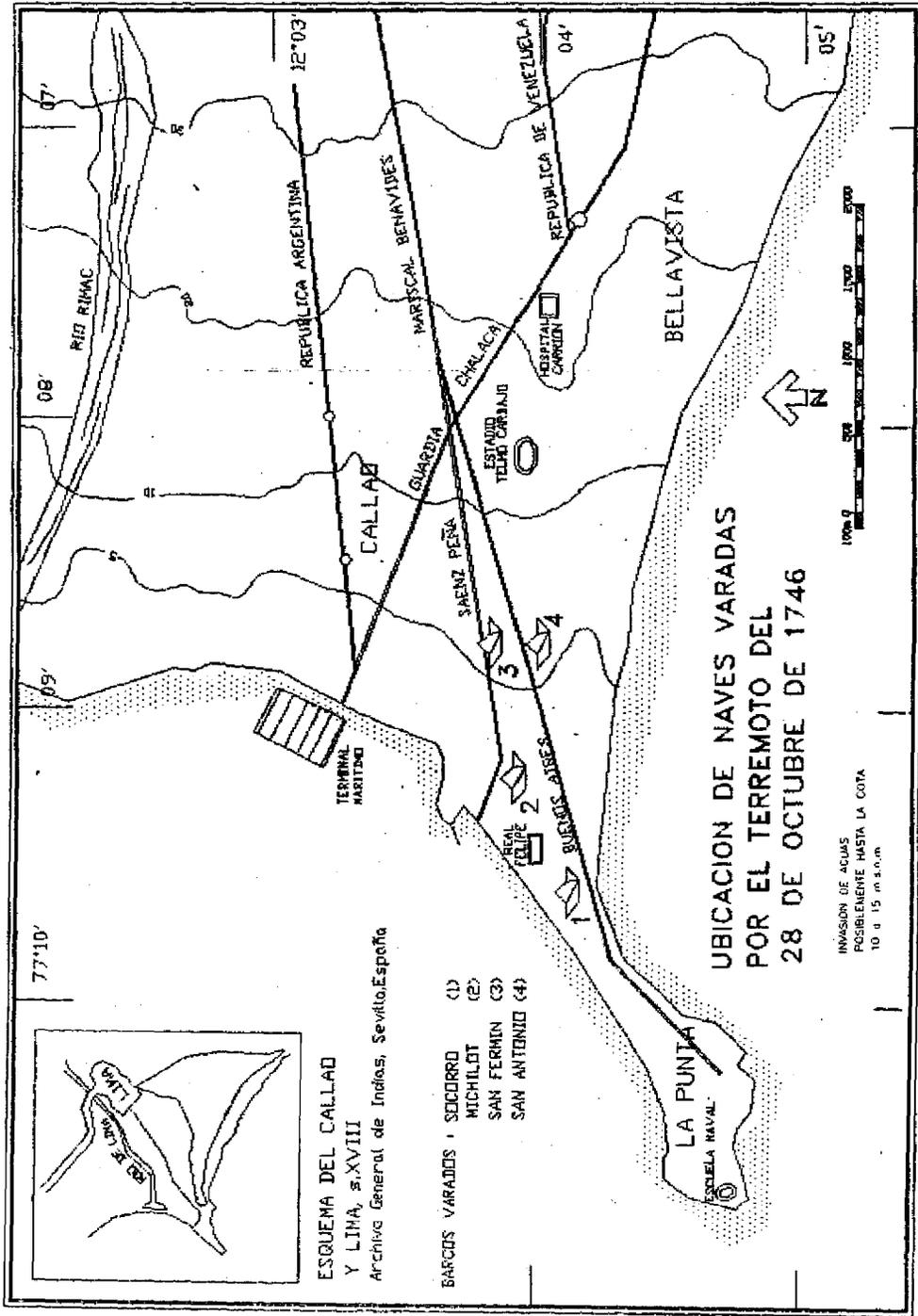


1 plano de la villa del Callao Según Frezier (1713)

con tanta furia, y tanta copia de aguas sus límites, que sumergiendo las más de los Navíos que se hallaban surtos en el Puerto, y elevando algunos por encima de las Murallas y Torres, los llevó a varar más adelante de la Población, y desencajándole a esta desde los cimientos cuanto en ella había fabricado de Casas, Edificios, y Murallas, a excepción de las dos grandes puertas de la Muralla, y tal cual lienzo de ella, que para Padrón de la desgracia, se dejan ver monumento funesto de su memoria; entre ruinas, y ondas, anegó a todos los moradores de aquel vecindario, que a la sazón se compondría de cerca de cinco mil personas de todas edades, sexos, y estados, según el cálculo más ajustado de una prudente estimativa. Fluctuaron por mucho tiempo todos aquellos, que pudiendo asirse de los maderos, que ofrecía el mismo Mar, innataban sobre las ondas; pero la misma copia de estos fragmentos en los continuos choques de las resacas, fue la que más ayudó al estrago, con los golpes, y las sumerciones, y por la relación de algunos, que lograron salvarse, que llegarían a más de doscientos, se ha podido entender, como encontrándose a causa de los obstáculos, que hallaría el Mar, sus reflujos, circunvalaron el Presidio, fin dejar recurso de salida, y como los intermedios, que calmaban la fuerza de la inundación, cuando el mar se retiraba, se oían los más dolorosos clamores, y las más vivas, y ardientes exhortaciones de los Eclesiásticos, y Religiosos, que no olvidaban su ministerio en tanto conflicto, hallándose allí por un piadoso causal accidente seis RR.PP. Maestros, y Lectores del Orden de Predicadores de esta Ciudad, Sujetos de señalada, y sobresaliente virtud, y letras, que actualmente ejercitaban un Octavario de Desagravios al Señor, que de algunos años antes habían entablado por este tiempo, y otros distinguidos Sujetos de la Religión de San Francisco, que había pasado a esperar al Rmo. Padre Comisario General de su Orden, que debía aportar con inmediación, que con los de continua residencia de aquellas mismas Religiones, y las de San Agustín, la Merced, Compañía de Jesús, y San Juan de Dios, componían un cuerpo bastante numeroso de Eclesiásticos. Testigos del mismo rumor, y alarido, son los que embarcados en los Navíos, que por tanta elevación fueron arrojados, pudieron quedar libres en ellos. Y de todo se concibe la angustiada confusión en que se hallaba aquel mísero Pueblo, librando de cada impetuoso embate del Mar la vida, sólo para dilatar la aflicción conque inevitablemente esperaba perderla en el que sobrevénia.

Eran hasta veinte y tres las Embarcaciones que se hallaban en el Puerto entre grandes, y pequeñas, y de ellas fueron las que se han dicho, que vararon cuatro, que son el Navío de Guerra San Fermín, que apareció en las tierras bajas de la Chácara alta, que es la parte opuesta al lugar en que se hallaba surto, y junto a él, el San Antonio de Don Tomás Còsta, que venía de fabricarse en el Astillero de Guayaquil, el Michilot de Don Adrian Corzi, en el sitio en que antes estaba el Hospital de San Juan de Dios; y el Socorro, de D. Juan Baptista Baquijano, que aquella tarde acababa de llegar con carga de Chile, hacia lo de Cordones, y unos, y otros distantes muchas cuadras de la Mar, y todos los demás se fueron a fondo. Las grandes Bodegas en que se depositaban los frutos, que abastecen esta Ciudad de Trigos, Sebos, Caldos de vinos y aguardiente, Jarcias, Maderas, Fierro, Estaño, Cobre y demás que se conducen de fuera, y hacen crecida parte de comercio, se hallaban bien cargadas de ellos; y en el vecindario de aquel Lugar, era bastante la opulencia, y había caudales de alguna cuantía, que con los muebles, adornos de las Iglesias, que eran sobresalientes en alajas de plata, y oro, y en la actual coyuntura con el motivo del referido Octavario, se habían llevado muchas de esta Ciudad, y con los haberes, pertrechos, y municiones de S. Mag. que se



Barcos varados después del maremoto

guardaban en sus Atarazanas, y almacenes Reales, suben a una suma considerable la pérdida efectiva, fuera del importe de lo edificado, y valor de las Fincas.

Mientras en aquella triste noche perecían efectivamente los del Callao, ahogaba en Lima la aprehensión del riesgo, y la congoja del temor, con la repetición de Temblores, que se continuó por toda ella, haciéndola de interminable duración; pero creció mucho más después, con la noticia de tan infeliz tragedia, que no ha tenido ejemplo en los antiguos grandes Terremotos, en que aunque tal vez le inundó aquel Presidio, fue sólo con susto, pero no con estrago. Fueron los que con evidencia la aseguraron por la mañana, los Soldados, que de orden del Excmo. Señor Virrey, habían pasado a cerciorarle de ella, y ya fueron llegando muchos de los que de parte de los dependientes de aquellos vecinos y de los interesados en el comercio, y carga de los Navíos la inquirieron, que sólo respondían de lo que no vieron, y de lo que pudieron informarse a algunos de los que salvaron la vida, que a reserva de muy pocos, todos fueron Pescadores, y Marineros, los cuales después de haber sido arrebatados varias veces hasta la Isla de San Lorenzo, distante más de dos leguas del Puerto, pudieron conservarse en algunas tablas, y por accidente volvieron a ser arrojados, unos a las Playas, y otros a la misma Isla, en donde se libraron. Llenó a todos de espanto la novedad del suceso, pero la misma exorbitancia de aquel daño, les mitigaba el dolor del trabajo presente, agradeciéndolo cada uno a Dios por misericordia.

Amaneció del todo el día, y la luz, que nunca más ansiosamente se anhelaba como consuelo, fue la que más anocheció los ánimos, descubriendo a la vista con claridad, todo lo que de la ruina no permitió concebir la misma confusión del susto, y hubiera acabado del todo, imitando en el abatimiento a los Edificios, a no haber preparado el Cielo otra luz, que alumbrase en los corazones, para que cobrasen de aliento, todo lo que se imposibilitaban de alegría. Dejóle ver a caballo en todas las calles el Excmo. Señor Virrey, que sin temor de los eminentes restos de las paredes, después de haber pasado la noche, negado a la propia atención de su persona por prestarla toda a las urgencias de tanto cuidado, quiso extender el consuelo a los más distantes, y alentando a todos con un esfuerzo, que hacía ver bien en aquel común desmayo todo el vigor de que es capaz una generosidad, que se anima del zeño del público bien, y del Real servicio, a cada uno le parecía que cesaban con su presencia los males. Reconoció las ruinas, y enterado de todo se volvió a la Plaza mayor para entregarse al pronto afanado expediente de tan innumerables providencias como juzgaba precisas. Quien no se suspenderá aquí a admirar las sabias disposiciones de la Divina Providencia, que atenta siempre a nuestro bien, proporciona para la calidad de los accidentes, los reparos, y dentro de los mismos castigos hace patentes sus piedades! Las grandes calamidades, que tango afligieron el Reino en el antecedente Gobierno, daños fueron de inmensa arduidad, pero que bastaba a combatirlos la prudencia, y así vimos toda la alentada resistencia conque se les opuso el Excmo. Señor Marqués de Villa-García, disimulando con serena frente el grande torcedor de males, que nenebraba su madura reflexión; pero este es un trabajo en que todo el Gobierno del Príncipe ha de ser la actividad infatigable de su propia persona; y así debemos engrandecer las Misericordias del Señor, alabando su infinita Bondad, por el premio, que le concedió en la resuelta deliberación de su próxima inmediata ausencia, y por el singular imponderable beneficio que hemos recibido en la protección de su glorioso Sucesor, cuya prevenida prontitud, y la veloz indefensa aplicación con que ocurre hasta a las menores necesidades, no sólo confirman la experiencia de su natural benéfica propensión al común